

El mundo del libro

Escribe: **AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO**

Rafael Maya

La tierra poseída—Poemas—Imprenta Canal Ramírez—Bogotá - Colombia.

La voz de Rafael Maya nos vuelve ahora del fondo del tiempo. Como siempre, honda de resonancias, paisajes, deslumbramientos. Ya no con el tono en lento terciopelo, garganta bronca que desata la voz universal del canto, de *La vida en la sombra*. Aquellos sonetos obedecieron a un rigor intelectual que venía de Grecia, de las antiguas selvas verdes, donde aún Pan, dios barbudo, llora por sus símbolos rotos. Después creó nuevas obras en las cuales el gran poeta colombiano —par de Pombo, Silva, Barba Jacob, León de Greiff, Rafael Vásquez y Pardo García— parece crucificarse para sentir toda la acidez del mundo. Una embriagadora noche de astros titila en la bóveda celeste de su vasto poemario. Los temas eternos, las voces perdidas, los subterráneos caminos de la sangre, la memoria de otras edades felices, la mujer como una alta flor de poesía y de enigma, navegan por estos poemas que fijan un hito en la cultura colombiana y nos acercan a la cultura general de América. Porque Rafael Maya mantiene la dignidad de un alto tono lírico que solamente hallamos en los grandes poetas de todos los tiempos. Lo circunstancial y precario de muchas arquitecturas líricas que no resisten el ácido del tiempo, se halla lejos de estos poemas, contruídos con los más puros elementos de nuestro idioma. Maya se compenetra con el dolor universal, pero también sabe entregarnos un mensaje que es pureza, resplandor, tono de campana mayor que convoca para la gran fiesta panteísta del mundo.

Esta nueva obra suya, de tan altas calidades líricas, es acaso de un tono y matiz menos lírico que aquel que nos estremece en sus grandes cantos dialogados. Por ejemplo, *La mujer sobre el ébano*, es un poema que durará tanto como nuestro idioma. Mientras las cosas puedan cambiar de forma, el amor pasar de una generación a otra, como un beso o un anillo, los poemas dialogados de Maya, mantendrán su vigencia entre los hombres. Este nuevo libro, según nuestro saber y entender, es más esencial, busca desenvolver grandes tesis, se olvida un poco del alígero vuelo becque-

riano de otros poemas del maestro. Poemas discursivos, de tesis, un poco recargados como algunos trozos de arquitectura barroca. Se podría decir que en algunos existe un sentido más conceptual del universo, pero menos espina tremante, aquel hilo de sangre que va dejando el poeta cuando camina hacia su eterno calvario.

Prometeo, encadenado a la roca, ha sido desatado. Y escribe sus memorias extrayendo de la peripecia vital algunas conclusiones. Rememora los contornos de la belleza, la solidez de la piedra, la subterránea tarea de las raíces. No hallaremos el alarido, la locura de los elementos enfurecidos que envuelven en clámide de tempestad al poeta. En estos poemas, parece que el maestro Maya ha llegado a una alta colina calcinada desde la cual se puede tender la vista en torno, descansar los ojos en el valle, estudiar la vida del paisaje con serena contemplación y túnica de lino. Naturalmente está un poco lejos cierta ebriedad, aquel júbilo pascual, el florecimiento del continente de los almendros, que admiramos en otros poemas del Maestro. Pero es una obra de altísimas calidades líricas, acaso la más alta voz que hemos oído últimamente en nuestra catedral donde ofician tantos sacerdotes del verso, algunos de ellos apócrifos o débiles cervatillos que todo lo confían a la improvisación. En estos poemas del maestro Maya, como en muchas páginas de Paul Valery, se siente y se comprende la elaboración, el juego mental arduo, las perplejidades del escritor. Tiempo de madurez diríamos nosotros. Otros, afirmarían que se trata de la decadencia, cuando el poeta, sin la fiebre de la inspiración, suple ese elemento casi demoníaco, por conceptos, agregados vitales, "alimentos terrestres". De toda forma, este nuevo libro de Maya tiene una terca e iluminada presencia. Como toda su obra literaria, en ella no hallamos lo fugaz y epidérmico de otro liridas. No es tiempo de rosas y espumas, de varas de nardo florecidas, de muchachas como ramos de brisa o azahar. La hora es más honda y los elementos quieren decir su gran verdad, dura, silenciosa, por milenios hundida en su entraña de fuego o de ónix. Los elementos hablan al hombre, lo llaman, le hacen ver cuál ha ido su destino sobre una tierra escoriada, manchada por nuestro turbio limo y la corta y anhelante esperanza. Por eso mismo, hay en estos poemas fuerza, altura, profundidad de mina cavada o de amarga cisterna sin agua. Leamos parte de su magnífico poema *Yo me llamo la piedra*, que confirmará nuestra afirmación:

*"Yo me llamo la piedra, y este nombre
es más duro, quizás, que mis entrañas,
y esas letras golpean al decir las
y juntas tienen solidez de bloque.
Yo me llamo la piedra, y el vocablo
no se pronuncia sino que se grita
como se gritan el dolor y el hambre.
Por esto estoy unida a lo más hondo
y a lo más vivo que en el mundo existe,
y piedra y hombre suman la materia
que da su arquitectura al universo.*

*La flor se explica por su propio aroma,
y es el diamante la razón del agua,
la libertad es la expresión del viento
y se prueba la luz por la luz misma.
Solo yo permanezco impenetrable
y rebelde a los vuelos metafóricos
porque mi realidad tiene el sentido
de la eterna mudez. Yo soy la piedra.
Y cuando esta mudez quiso ofrecerse
como emblema de un tiempo en que se oyeron
diálogos de pastores y de estrellas,
me levanté sobre la arena ilímite
con garras de león y humana frente,
pero seguí callando. Mi secreto
fue piedad, no obstinada resistencia.
El hombre nunca supo su miseria
porque yo hubiera roto mi silencio.
Yo me llamo la piedra. Mi presencia
no fue aquella presencia de la hierba
que nace sin dolor y acude siempre
a la cita del viento y de la lluvia;
fue una violenta aparición, impuesta
por la mano terrífica del fuego
que me lanzó, desde el riñón telúrico,
poniendo ya, sobre mi duro rostro,
el inicial esbozo de una máscara.
Yo fui siempre la extraña compañera
entre el árbol, la fuente y la colina;
la mujer enlutada que interrumpe
las danzas de una boda improvisada;
la sombra que se para, reflexiva,
en el jardín abierto hacia la luna
y el disfrazado audaz que toma puesto
en la mesa, entre el niño y el abuelo.
Yo fui siempre la intrusa sin familia
que inoportunamente abre una puerta,
la viuda que en la esquina se detiene
buscando la ventana de otro tiempo,
y el fantasma que apaga, a media noche,
la vigilante vela de las cunas.*

.....
.....

Son todos estos elementos de la forma poética que tiene en Rafael Maya y en Germán Pardo García, sus más ciertos valores. La lectura de *La tierra poseída*, purifica de la escoria, la garrulería, la cultura apresurada, cierto narcisismo mórbido que no deja sino "la sombra de una sombra".

José Antonio Osorio Lizarazo

El hombre bajo la tierra—Bogotá—Biblioteca Popular de Cultura Colombiana.

Nadie podrá negar, en un duro tiempo como el que atravesamos, de negaciones tercas o de optimismos bobalicones, que José Antonio Osorio Lizarazo tiene nombre propio en la novela de Colombia. Algún escritor colombiano, consagrado, cuyos juicios son inapelables, al comentar la obra de este novelista, un mes después de su muerte, afirma que Osorio Lizarazo fue un resentido. Escribe este concepto un fino glosador de hechos y circunstancias de la sociedad contemporánea que no tiene razón alguna para menospreciar un mundo en el cual ha encontrado un sitio que le permite trabajar, meditar, glosar, sin que la "ronda del hambre", con sus dientes amarillos de perro flaco, lo haya acosado. Un escritor de noble estilo, de resonancia francesa, pero ajeno al dolor de quienes les ha tocado un mundo "ancho y ajeno", en el cual para ellos el más pequeño éxito ha sido amargo ejercicio de la razón, la pasión y la inteligencia. Hubiese sido un caso singular el de Osorio Lizarazo el de que, en vez de inclinarse sobre la gleba oprimida, de escuchar los sonos y tambores de los mestizos, de seguir la huella de la miseria por puertos y ciudades, hubiese entretejido gobelinos de niebla, suaves prosas, tibias y nacaradas como la piel de una doncella, cromos de una belleza alucinante, músicas perdidas en el tiempo, ese lirismo escrito en cámara lenta, asordinadamente, mientras oímos una música de Debussy o saboreamos un vino oscuro como una pena!

Tenía el novelista que ha muerto cuando aún podía darle a su patria palpitantes trozos de su humanidad y de su vida, que tomarle el pulso a su tiempo, a su circunstancia, al naufragio de muchas esperanzas. Pobre, acaso saboreando las hieles de la amargura, fue un novelista testigo de su tiempo. Lo colombiano, la lucha sorda de nuestras gentes por un mundo mejor, el dolor de los vencidos, la protesta de los humildes y caídos, fueron temas que llevó a sus novelas, calientes de verismo. Es cierto que algunos de sus personajes están trazados en forma rápida, de facciones inacabadas. Pero esto no quiere significar que Osorio Lizarazo carezca de un sitio en nuestra parca cultura. Lo tiene y muy alto. El hecho de que hubiera tratado de temas que están ahí, como cantera inagotable, esperando a los escritores que sientan lo americano, lo nuestro, lo aborígen, lo mestizo, mulato y negro, no quiere decir que haya sido un resentido y que escribió acaso para vengarse de una sociedad injusta. Porque con Osorio Lizarazo o sin la magnífica contribución de su pluma, las verdades de una sociedad sub-desarrollada, los hechos vivos y crueles, siguen presentes, tercos como el filo de una guadaña.

Lo que nosotros no le perdonamos nunca al novelista colombiano fue sus elogios y libros en favor de tiranías abyectas. Un escritor no tiene derecho a hipotecar su pluma y su libertad por un plato de lentejas o de pepas de oro o de grises dólares. El escritor tiene que cumplir una misión. Muchas veces ingrata, ya que su función de crítico así se lo exige. Pero las novelas de Osorio Lizarazo son tan colombianas como nuestra geografía y tienen la vigencia de nuestros páramos, minas, callejuelas en bruma, vencimiento, burocracia y miseria en muchos estratos sociales.

El hombre bajo la tierra, es, acaso, la novela mejor lograda del gran escritor fallecido. La vida, el duro silencio del minero, los subterráneos donde acaso el oro nos espera con su mirada de espiga, la esperanza como semilla bajo la tierra, el vencimiento final, la hosca naturaleza, callada, alta, imperturbable, el indio, lento cobre sollozante, todo este mundo que muchas gentes ignoran, desfila por esta novela como en una pantalla cinematográfica. Los personajes son de carne, hueso, humores, sabores, medida nuestra. Cabales en su angustia y en su desprendimiento. Hombres totales frente a una naturaleza que los hostiga. Y arriba, el cielo impasible, de un azul profundo, que mide en pequeño compás nuestra ciega ilusión. Novela fuerte, tórrida, caliente a trópico, inconfundible y de veras colombiana.

Osorio Lizarazo cumplió su cita con las letras. Con altibajos, con sentido del periodismo, ágil, sin pesadas alegorías. Tibio aún a lo que pasa, fugaz, mientras la noche cierra sus párpados y las luces de neón, iluminan la esquina del pecado. Fue novelista cabal y si se hubiese aplicado totalmente a esta tarea, no tendríamos que lamentar mucho de frustración que hallamos en sus textos literarios.

Eduardo García Piedrahita

Reflexiones acerca del hombre y su mundo—Editorial Antares. Bogotá.

Todo libro escrito con fe y sinceridad en la tarea que construye su creador, será siempre un hito, una noble referencia a la vital contingencia humana. Cuando se escribe, sin que nuestro pensamiento esté circunscrito a personas o intereses egoístas, se logra una obra intelectual que trasciende lo efímero de las personas, lo particular y precario, para alcanzar trascendencia metafísica. En la medida en que ensanchemos nuestro horizonte cultural, los frutos serán más duraderos, aunque no alcancen a operar sobre aquellas vastas muchedumbres que todo lo esperan de unos pocos dirigentes que son los depositarios de doctrinas, sistemas, formas de vida y cauces para la planta del hombre. Reflexionamos así, a medida que avanzamos en la lectura de este libro de Eduardo García Piedrahita. Parece excesivo el título pero en rigor de verdad no lo es. Porque el autor nos lleva a explorar zonas de la conciencia, estados de alma, relaciones del hombre con su mundo, con Dios y con el tiempo histórico de las diversas generaciones que dejan su estilo o impronta al paso fugaz por la vida. El autor de esta obra, es hombre de meditaciones, de análisis crítico del mun-

do y del papel que el hombre desempeña en un planeta en el cual tantos mensajes se cruzan en busca de una definición del ser y del destino de la humanidad.

Meditar es extraer de las cosas y de los seres una resonancia. Como el borde de una campana cuando el badajo la golpea suavemente. Y García Piedrahita, no se ha detenido en lo superficial y baladí, sino que sus reflexiones tienen cierta melancólica hermosura, como un crepúsculo que nos encontrase con las manos juntas en torno de una manzana de corazón de ceniza. Se puede y se debe estar en disidencia con algunos de sus conceptos. Y ello es natural. La verdad revelada solamente la hallamos quienes practicamos una doctrina religiosa y creemos en ella, con la fe del carbonero. Todo lo demás es mudable y el juicio del hombre es vago e inconsútil muchas veces. Pero García Piedrahita, con noble intención cultural, se ha apartado de tanto lugar común, del pensamiento manido de muchas gentes, que sirve para nuevas elaboraciones por algunos escritores que piensan "de segunda mano". Sus meditaciones son fruto de una mirada inteligente al mundo del espíritu, a los conflictos del alma, al quehacer del ser, perplejo ante los interrogantes y dudas contemporáneos.

Libro de útil lectura que recomendamos a nuestros lectores.

Administración y Desarrollo

La revista *Administración y Desarrollo* que viene editando trimestralmente la Escuela Superior de Administración Pública, es, sin duda alguna, el aporte más serio para conocer el proceso y desarrollo de las nuevas formas de la administración pública en el mundo contemporáneo. La revista tiene un selecto grupo de colaboradores, especializados en los diferentes temas que tratan. Una aportación bibliográfica de primera magnitud en un terreno de estudios poco divulgado entre las clases pensantes y dirigentes del país. Ya era tiempo que una de nuestras universidades, editara una publicación como esta, cuyo carácter técnico, la novedad en los conceptos y su trascendencia en la vida administrativa de Colombia es de primera significación.

Además de los ensayos sobre problemas técnicos propiamente dichos, de tan rico contenido y orientación, la revista trae material de ensayos sociológicos, políticos y literarios de primera clase. Trabajos inéditos de investigación, no simples notas escritas a vuelo de pluma.

Procura la revista, y lo ha logrado, orientar a sus lectores, hacia la búsqueda de metas y prospectos administrativos que son esenciales para un país subdesarrollado que necesita salir de cierto colonialismo desueto para irrumpir en la vida moderna con pujanza, con sentido del porvenir.

Admirable publicación la de LA ESAP, cuyo director el doctor Guillermo Nannetti Concha, viene cumpliendo una gran tarea docente al frente de la joven universidad.